

# APROXIMACIONES A LA CULTURA ARGENTINA DURANTE LOS AÑOS 70

Marco Iazetta Chiroleu<sup>1</sup>

## RESUMO

La década del 70 en Argentina es sin lugar a dudas uno de los períodos más convulsionados de la historia del país. El presente trabajo tiene por objeto realizar una aproximación a la cultura política argentina durante este período, haciendo hincapié en dos de sus elementos característicos: la violencia política y el surgimiento de las organizaciones armadas de izquierda. Para ello, analizaremos el contexto político que motivó la aparición de la “violencia popular”, la relación entre los procesos de movilización social y las organizaciones guerrilleras -poniendo especial atención en el *Cordobazo*-, y en segundo término discutiremos en torno al consenso social que estas últimas gozaban. Por último, nos ocuparemos de analizar, desde la perspectiva propuesta por Carassai (2013), cómo la violencia se fue transformando, progresivamente durante este período, en un lugar común para la sociedad argentina hasta volverse en algo natural o banal.

## PALAVRAS-CHAVE

Cultura Política-Década del 70; Organizaciones Armadas de Izquierda; Argentina

“Matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre”  
**Castellón**

“La vida del Che Guevara y la acción de los estudiantes franceses son obras de arte mayores que la mayoría de las paparruchadas colgadas en los miles de museos del mundo”.  
**Asalto a la conferencia de Romero Brest. Juan Pablo Renzi, Norberto Puzzolo, Rodolfo Elizalde y otros**

## INTRODUÇÃO

La década del 70 en Argentina es sin lugar a dudas uno de los períodos más convulsionados de la historia del país. Se caracterizó tanto por las grandes movilizaciones populares, sindicales y estudiantiles como también por el accionar de los diferentes grupos armados de izquierda y de derecha.

Entre los rasgos más singulares de estos años, probablemente uno de los más destacados sea el interés por la política. En este sentido, siguiendo el modelo propuesto

---

<sup>1</sup> Lic. en Ciencia Política, Facultad de Ciencia Política y RR.II en la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Becario Tipo II por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Doctorando en Ciencia Política en la Facultad de Ciencia Política y RR.II, UNR, en cotutela con l'Université Paris 8. Maestrando en Ciencia Política en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín. Docente en la Facultad de Ciencia Política y RR.II, UNR.

por Albert Hirschman (1986), los años 60 y 70 deberían incluirse en una teoría de ciclos de comportamiento colectivo, como un ejemplo de la clase de ciclo definida por el interés repentino e intenso por los asuntos públicos.

Inclusive, podríamos destacar como otra particularidad de la época al nacimiento de una “nueva estructura de sensibilidad” (ideas y creencias pero también valores, sentimientos y pasiones) emergente en los años de la segunda posguerra. En efecto, Terán (2008) propone la existencia de cuatro almas que habitaron el período: el alma Becket del sinsentido, el alma Kennedy de la Alianza para el Progreso, el alma Lennon del *flower power* y el alma Che Guevara de la rebeldía revolucionaria<sup>2</sup>.

Asimismo, existía la convicción de que una transformación radical, en todos los órdenes, era inminente. Como señala Gilman (2012), todos los estudiosos del período coinciden en caracterizarlo por la percepción generalizada de una transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, de la subjetividad, del arte y la cultura. La lógica de la historia parecía ineluctable, y su modo de temporalidad se expresaba por la emergencia de *tiempos rápidos*, cuya mejor metáfora es la del *carro furioso de la historia*, que atropellaba a los tibios en su inevitable paso (Ibídem).

Esta convicción sobre una inminente transformación de las estructuras estaba muy ligada a la creencia de la inevitabilidad de la revolución socialista. A comienzos de los años sesenta atravesaba al mundo el sentimiento de la proximidad de una victoria mundial que iba a cambiar el rostro del mundo y del hombre. Esta creencia se debía principalmente a las expectativas que había generado la Revolución Cubana, la cual fue leída como la demostración evidente de que un emprendimiento de transformación radical podía triunfar a partir de un núcleo reducido de militantes que tuviera la voluntad de oponerse a un régimen autoritario.

A su vez, la juventud y la cuestión generacional constituyen otra de las claves para entender a este período. En efecto, los jóvenes se volvieron actores políticos importantes a nivel mundial, lo cual puede visualizarse en las grandes manifestaciones populares ocurridas a partir de 1968 en México, Praga y París. Con respecto a Argentina, el ingreso de los jóvenes en la arena política ocurrió de forma estruendosa en

---

<sup>2</sup> En este sentido, señala que en el período 1956-1976, en el sector intelectual –aunque con extensiones que van más allá hasta abarcar zonas considerables de las clases medias y hasta fracciones populares- se sucedieron y cohabitaron estructuras de sentimientos análogas a las que recorrían el arco occidental: éstas fueron desde las sensaciones de angustia, soledad e incomunicación hasta las de confianza en que la voluntad tecnocrática o política podía modificar, por vía reformista o revolucionaria, realidades tradicionales. También la cultura juvenil imaginó y muchas veces realizó una huida gozosa del moderno mundo tecnocrático hacia paraísos naturales y artificiales (Terán, 2008).

1969 a partir del *Cordobazo*<sup>3</sup>, siendo a su vez, la multitud que marchó a Ezeiza a recibir a Perón el 20 de junio de 1973<sup>4</sup>, otra de las manifestaciones de su número y capacidad de movilización.

Sin embargo, a pesar que los jóvenes radicalizados de las clases medias tenían mayor visibilidad, esto no indica necesariamente que superaran en número a los jóvenes no radicalizados. Efectivamente, el entusiasmo por las corrientes de izquierda, se concentró en los jóvenes –fundamentalmente universitarios- de “clase media superior” y de “clase alta”<sup>5</sup>.

No obstante, la sola mención de estas características (la centralidad de la política, la “nueva estructura de sensibilidad”, la convicción de la posibilidad de una transformación radical de las estructuras y la inevitabilidad de la revolución socialista, la radicalización de la juventud, etc.) nos brindaría un panorama acotado de los años 70’s si no hiciéramos hincapié en su rasgo más distintivo: la violencia política.

Como señala Ollier (1986), éste fue un período de la historia argentina donde la reducción de los términos de la política a los de la guerra alcanzó su expresión más acabada. A pesar de esto, cabe aclarar que la violencia y el autoritarismo son elementos que se pueden observar en la cultura política argentina previa al período en cuestión. La sola mención de algunos acontecimientos de los años anteriores a los 70’s justifica esta afirmación: el bombardeo de la Plaza de Mayo el 16 de Junio de 1955 unos meses antes del derrocamiento de Perón, la represión de quienes intentaron oponerse a la ilegalidad del gobierno dictatorial, en particular los fusilamientos de José León Suárez<sup>6</sup>, la prohibición de pronunciar públicamente el nombre del líder Juan Domingo Perón, el secuestro del cadáver de su esposa “Evita”, la anulación de elecciones con un resultado

---

<sup>3</sup> Se conoce como *Cordobazo* a un importante movimiento de protesta ocurrido en la ciudad de Córdoba el 29 de mayo de 1969. Su consecuencia más inmediata fue la caída del gobierno de Juan Carlos Onganía.

<sup>4</sup> Juan Domingo Perón había sido derrocado el 21 de Septiembre de 1955 y regresaba al país definitivamente después de 18 años en el exilio.

<sup>5</sup> Carassai (2013), afirma que el grueso de la actividad política juvenil tenía su epicentro en las universidades, y sólo una minoría de la juventud tenía acceso a ellas. Los jóvenes universitarios, de hecho, eran una minoría social. Hacia mitad de la década del setenta, el total de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires representaba el 1% de la población del país, y el de todas las universidades nacionales alcanzaba el 2%. Estos datos ayudan a mensurar la gravitación que tenían las juventudes militantes de clase media. Considerando a la población en edad universitaria (18 a 25 años), hacia 1970 sólo el 8,22% de los jóvenes asistía o había asistido a algún instituto de educación superior. La simpatía por la izquierda decaía en forma notable conforme se ascendía en la edad de la población. Sólo el 5% de quienes tenían 47 años o más simpatizaba con ella. En cambio, ascendía al 13% en los menores de 26 años. Sin embargo, aun en los segmentos de jóvenes universitarios esas simpatías fueron minoritarias.

<sup>6</sup> Los fusilamientos de José León Suárez sucedieron el 9 de junio de 1956 durante el gobierno de facto autodenominado “Revolución Libertadora”, en los basurales de la localidad José León Suárez, en el partido de General San Martín, Gran Buenos Aires. Las víctimas fueron militantes políticos, civiles y militares peronistas.

adverso para las fuerzas en el gobierno, al favorecer a los seguidores de Perón, la “Noche de los Bastones Largos”<sup>7</sup>, etc., son características de una época marcada por la violencia.

Un capítulo nuevo de la historia argentina se inicia entre los años 1968 y 1970 con el surgimiento de las organizaciones armadas de Nueva Izquierda (NI). Desencantadas de las experiencias del sistema democrático a partir de 1959 reciben el aliento espiritual y material de la revolución cubana, primera revolución socialista triunfante en el continente e inauguran la lucha armada en Argentina.

Si bien debemos mencionar que anteriormente hubo intentos de establecer guerrillas, como fue el caso de los Uturuncos y el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), estos grupos se limitaron a operar en zonas de difícil acceso en el noroeste argentino y fueron rápidamente descubiertos y desarticulados por las Fuerzas Armadas. Esta situación cambió con posterioridad al año 1968 a partir de la constitución, particularmente, de cinco organizaciones: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), los Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), siendo este último el brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Algunas de estas organizaciones luego de espectaculares acciones iniciales no volvieron a aparecer, otras se fusionaron y así finalmente no quedaron más que dos: los Montoneros y el PRT-ERP.

Con respecto a la magnitud de la violencia, solamente entre los años 1973 y 1976 se produjeron 8.509 hechos armados, 1543 asesinatos por motivos políticos, 900 personas desaparecieron y 5148 fueron encarcelados como presos políticos<sup>8</sup>. Además, a partir de octubre de 1973, es decir durante el gobierno peronista, la Alianza Anticomunista Argentina o Triple A (AAA) inició el accionar de las organizaciones armadas de derecha estableciendo la práctica de desaparición forzosa de personas. Esta última tomará el carácter de modalidad represiva oficial a partir del 24 de marzo de 1976 durante la última dictadura argentina, el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”.

El presente trabajo tiene por objeto realizar una aproximación a la cultura política argentina de los años 70's, haciendo hincapié precisamente en la violencia

---

<sup>7</sup> La “Noche de los Bastones Largos” se refiere al desalojo violento ocurrido el 29 de Julio de 1966, por parte de la Dirección General de Orden Urbano de la Policía Federal Argentina, de cinco facultades de la Universidad de Buenos Aires (UBA) ocupadas por estudiantes, profesores y graduados, en oposición a la decisión del gobierno militar de intervenir las universidades y anular el régimen de gobierno.

<sup>8</sup> MARIN, Juan Carlos (1984), *Los hechos armados. Un ejercicio posible*. Citado en Crenzel (2008).

política y en el surgimiento de las organizaciones armadas de izquierda. Para ello, analizaremos el contexto político que motivó la aparición de la “violencia popular”, la relación entre los procesos de movilización social y las organizaciones guerrilleras - poniendo especial atención en el *Cordobazo*-, y en segundo término discutiremos en torno al consenso social que estas últimas gozaban. Por último, nos ocuparemos de analizar, desde la perspectiva propuesta por Carassai (2013), cómo la violencia se fue transformando, progresivamente durante este período, en un lugar común para la sociedad argentina hasta volverse en algo natural o banal.

A los efectos, entenderemos por cultura política al “conjunto de normas, creencias, símbolos, prácticas y representaciones ampliamente compartidas que se articulan en una trama de significados acerca del orden económico, social y político deseables (...) así como las formas específicas de canalización de la protesta y las pautas de reconocimiento que sustentan una identidad colectiva”<sup>9</sup>. Entendemos, además, que la cultura política representa una configuración de valores formados históricamente, existiendo una mutua interacción entre comportamientos políticos y valores políticos. Ésta última perspectiva propuesta por Scott Mainwaring y Eduardo Viola que asume la frecuente inconsciencia de los actores políticos de esos valores, sostiene que los mismos estarían incluidos tanto en el discurso político como en el estilo de hacer política<sup>10</sup>.

### CONDICIONES DEL SURGIMIENTO DE LA “VIOLENCIA POPULAR”

La aparición de las organizaciones de Nueva Izquierda expresa, por un lado, la crisis del sistema político argentino, al mismo tiempo que pone en cuestión los fundamentos de su legitimidad.

Después de la caída del régimen de Perón en el año 1955, su movimiento político será sistemáticamente proscripto en las subsiguientes elecciones hasta el año 1973. Esto se debió a la intervención progresiva de las FF.AA. como árbitro, pues eran las que establecían las reglas del juego político. Como consecuencia natural, todo gobierno elegido en estos comicios restringidos, parecerá como ilegítimo para un amplio sector de la población que se identificaba con el peronismo, poniéndose en entredicho, a la vez, el modelo de democracia Parlamentaria como marco de resolución de conflictos y como mecanismos de acceso al gobierno (Hilb, 1986).

<sup>9</sup> GORDILLO, Mónica (2001) “Introducción” en *Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política de los '70*. Ferreyra Editor, Córdoba. Citado en Weisz (2006).

<sup>10</sup> VIOLA, Eduardo y MAINWARING, Scott (1985), *Novos Movimentos sociais, cultura política e democracia: Brasil e Argentina na década del 80*. Cadernos de Ciências Sociais Vs. No.2, UFSC. Citado en Ollier (1986).

Esta situación se profundizará con el golpe de Estado de 1966, la autodenominada “Revolución Argentina”<sup>11</sup>: el congelamiento oficial de toda actividad política, la represión contra la Universidad, la censura, terminarán cerrando los canales de expresión de los sectores medios urbanos, que se habían desarrollado sin mayores dificultades durante los gobiernos civiles pos-peronistas.

En este contexto de crisis del sistema político, los ejemplos revolucionarios a nivel internacional aparecerán como modelos de participación política alternativa, substituyendo a los modelos tradicionales que se mostraban o bien inadecuados e ineficientes o bien complacientes con la represión del peronismo y la limitación de la democracia. En particular, como señalamos anteriormente, el ejemplo de la Revolución Cubana, triunfante en el continente Latinoamericano, coloca nuevamente el problema de la “toma del poder” en el centro del imaginario político y del debate.

En realidad, la idea de la revolución, de los cambios sociales, de la subversión de los valores tradicionales de la sociedad, atraviesa a la Argentina desde fines del siglo XIX. El recurso de la violencia –ya sea para destruir la sociedad existente, para mantenerla, para hacerla regresar a algún punto original del cual alguna vez se desvió – es un lugar común durante el siglo XX de la historia argentina tanto en el terreno de los hechos como en el de los universos ideológico-políticos (Ollier, 1986).

La mayoría de los trabajos que se ocupan de “los setenta” previos a la dictadura militar de 1976 enfatizan la presencia de la violencia política como parte de la vida pública argentina, en un contexto de fuerte radicalización y con marcado énfasis en el fenómeno de las guerrillas.

A su vez, no se puede soslayar que la legitimidad política de la violencia formaba parte de un “clima de época” mundial que inclusive terminó penetrando en los discursos de la Iglesia, pues durante el papado de Pablo VI la encíclica “*Populorum Progressio*” (promulgada el 26 de marzo de 1967) llegó a justificar la violencia en casos de “tiranía” evidente y prolongada (Gilman, 2012).

Simultáneamente, hay que considerar a la guerra fría como marco internacional que interpretaba los sucesos latinoamericanos con la clave invariable del enfrentamiento de Estados Unidos y la Unión Soviética; por la otra, la revolución cubana y el

---

<sup>11</sup> La “Revolución Argentina” es el nombre con el que se autodenominó la dictadura militar que derrocó al presidente radical Arturo Illia, mediante un golpe de Estado llevado a cabo el 28 de junio de 1966. Se sucedieron en el poder tres miembros de las FF.AA: Juan Carlos Onganía (1966-1970), Roberto Marcelo Levingston (1970-1971) y Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973).

guevarismo que sacuden las tendencias pacifistas y reformistas de las izquierdas latinoamericanas (Sarlo, 2013).

Es en este contexto mundial y local que surgen las organizaciones armadas de izquierda argentinas. Éstas tienen en común el mismo discursos autojustificador – legitimador- de la necesidad de la lucha armada y de que la violencia popular (o desde abajo) había sido una reacción frente a la violencia opresora (o desde arriba). Se consideraba a la violencia como fundadora del orden político, social y económico en el cual descansa el conjunto de la sociedad, por lo que las organizaciones tenían como preocupación permanente el desnudar la “violencia oculta” en la sociedad. En consecuencia, en sus publicaciones aparecían signos evidentes de su interés por delimitar y denunciar una violencia que oprime y proclamar otra que salva y libera (Ollier, 1986).

Sin embargo, la validez de este discurso legitimador de las organizaciones armadas, es discutido por una serie de autores. Waldman (1982), por ejemplo, señala que la fórmula corriente “violencia produce violencia” posee una plausibilidad seductora pero no alcanza para explicar el origen de la guerrilla bajo Onganía, pues el uso de la violencia por parte de los gobernantes no implica forzosamente una reacción de los concernidos. Señala que contrariamente a esa tesis, en determinadas circunstancias una reacción demasiado “blanda” por parte de un régimen atacado puede animar a los disidentes políticos a aumentar los disturbios y las protestas.

Vezzetti (2009) en el mismo sentido señala como un “cliché” la visión de que la violencia desde la izquierda, sobre todo peronista, tuvo un carácter reactivo a violencias mayores. Establece que entre los “Fusilamientos de León Suarez” y el asesinato de Aramburu<sup>12</sup> hay algo más que acción y reacción: la evidencia de un colapso en la relación entre los fines y los medios, y en los límites morales de la política que arrastraba a los contendientes e impregnaba extensamente a la sociedad.

Otra cuestión que refutaría según el autor esta tesis sería que con el nuevo período democrático que se inicia en 1973, el cual trajo aparejado la liberación de los presos políticos y la apertura de amplios espacios para el ejercicio de los derechos democráticos, no interrumpió las acciones armadas de la izquierda revolucionaria. Para

---

<sup>12</sup> Pedro Eugenio Aramburu fue un Teniente General y presidente de facto de la nación durante los años 1955-1958. Fue secuestrado el 29 de mayo de 1970 en la primera acción pública del grupo guerrillero Montoneros. Durante su cautiverio, se le realizó un “juicio popular”, acusado por su accionar durante el Golpe de Estado de 1955, los fusilamientos de José León Suárez de 1956 y la desaparición del cadáver embalsamado de Eva Perón. Posteriormente fue “ajusticiado”.

comprobar esta situación basta recordar, como señala Tcach (2006), el asesinato del sindicalista más cercano a Perón, José Ignacio Rucci, por los Montoneros o las espectaculares acciones del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en Azul y Sanidad.

Por último, Vezzetti afirma que el escenario, las figuras y cierto utillaje imaginario estaban preformados antes de la era de Onganía, pues había ingredientes de la configuración guerrillera que dibujaban, a partir de la revolución cubana, un camino de radicalización armada, una decisión que no era sólo la reacción a eventos decididos por otros, sino que se proponía forjar un mundo a su medida.

De igual modo, con frecuencia se relaciona la aparición de las organizaciones armadas de izquierda con el proceso de movilización y protesta social iniciado en nuestro país en 1969. Esta perspectiva tiende a pensar el desarrollo de la guerrilla como fruto, en gran parte, del proceso contestatario que encontró en los sucesos de Córdoba su punto de partida (Ollier, 1986).

En este sentido, el *Cordobazo* adquirió la dimensión de un mito y fue vislumbrado por las organizaciones armadas de izquierda como un acontecimiento que confirmaba el papel indispensable de la violencia en la construcción de una sociedad más justa. De este modo, este acontecimiento fue considerado por las organizaciones armadas de izquierda como el esbozo, sin dirección revolucionaria, de la insurrección. Como señala Altamirano, “captada de acuerdo con un imaginario arcaizante, la protesta daba forma sensible a una expectativa que la precedía” (2011:142).

En el imaginario guerrillero su propia presencia se debía a un pedido y a una necesidad del pueblo y no a los anhelos, deseos, sentimientos, creencias y necesidades arraigadas en ellos mismos (Ollier, 1986). No se le podría haber asignado otro sentido a este episodio mientras el futuro de la sociedad argentina fuera el de la revolución socialista y mientras el camino para lograrlo fuera la guerra revolucionaria.

## **EL CONSENSO SOCIAL DEL ACCIONAR DE LAS ORGANIZACIONES ARMADAS DE IZQUIERDA ARGENTINAS**

Otra cuestión en la que se insiste en los trabajos que se ocupan de esta temática es que la violencia armada contaba con un consenso social relativamente vasto y que era apoyado por grandes sectores de la población (Gilman, 2012). Para justificar esta afirmación, se recurre por lo general a los datos duros aportados por O'Donnell (1982) surgidos de unas encuestas a cargo del sociólogo estadounidense Frederick Turner

realizadas entre los años 1971 y 1972. Según estos datos, el 51 % de la población de Rosario, el 53% de la de Córdoba, el 49,5% de la del interior del país y el 45,5% de la del Gran Buenos Aires aprobaban el accionar de las guerrillas. A partir de este índice, el autor argentino terminaba concluyendo que la guerrilla contaba con notable apoyo, o simpatía, de la población, proporcionando un índice de actitud hacia el terrorismo que adjudicaba a la ciudadanía altos porcentajes de aprobación (Carassai, 2013).

Sin embargo, hay otras perspectivas que proponen reexaminar la creencia de que hubo un clima de consentimiento, de aceptación tácita de la violencia y de consenso hacia el proceso de radicalización política (Vezzetti, 2009; Franco, 2012; Carassai, 2013).

Marina Franco (2012), señala que si hubo un cierto consenso social con respecto al accionar de las organizaciones armadas de izquierda, éste sin lugar a dudas, comenzó a revertirse hacia mediados de 1973 a partir del inicio de una nueva etapa democrática en Argentina a partir de la circulación progresiva de un discurso compartido por casi todo el arco político: el discurso sobre la ilegitimidad de la “violencia”. Mientras eso sucedía, como consecuencia del creciente proceso de represión estatal, fueron perdiendo voz y peso público los sectores políticos más radicalizados, especialmente a partir de la censura y las condiciones de ilegalidad y de clandestinidad. Ello confluyó en una lenta homogeneización del universo de sentidos públicamente adjudicados a “la violencia”, y sobre ese proceso se articuló en una serie de discursos y de prácticas de carácter represivo que, con pocos cuestionamientos y en una progresión imparable, se acumularon hasta 1976.

Otra perspectiva va más allá de este planteo e inclusive discute el consenso social hacia la guerrilla en los años previos al período democrático que comienza en 1973. Carassai (2013), se refiere a los índices que utilizó O’Donnell para su investigación y advierte a aquellos que hicieron un uso mecánico de los mismo, que hasta el propio autor afirmó no haber podido certificar la confiabilidad de esos datos, advirtiéndole al lector que podían incluir un gran margen de error. En este sentido, Carassai señala algunas fallas en la metodología utilizada por Frederick Turner y concluye que en realidad la percepción de la simpatía de la sociedad hacia la guerrilla, como dato empírico, fue una construcción del investigador y no una respuesta concreta de los encuestados<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Para mayor información con respecto a la construcción de este índice ver Carassai, 2013:123.

Asimismo, Carassai destaca otros estudios de opinión realizados en la época que ponen en cuestión estos datos anteriormente mencionados. Este sería, por ejemplo, el caso de Roberto Pereira Guimarães quien a partir de los datos de Turner se propuso conocer las razones del “apoyo al terrorismo” en la Argentina. El relevamiento arrojó que de los 737 encuestados invitados a valuar de 0 a 100 su simpatía hacia la guerrilla, 499 escogieron el 0; 123 dijeron no saber y 30 no respondieron<sup>14</sup>.

Otra investigación mencionada por Carassai es la realizada en el año 1971 por José Miguens en la cual se señala un nivel de aprobación a las guerrillas bastante más reducido que el hasta ahora aceptado. Al respecto, las preguntas sobre la guerrilla se insertaban en una indagación más amplia acerca de la necesidad de realizar cambios en el país. A la pregunta “¿A usted le parece que la acción de los grupos terroristas, montoneros, subversivos o como se lo quiera llamar, en general merece aprobarse o desaprobarse?”, respondió desaprobatoriamente un 73,5% en Capital Federal, y el mismo porcentaje en el conurbano bonaerense, un 70,5% en Rosario y un 62,5% en Córdoba. Muchos de quienes no respondieron de este modo, además, eludieron contestar o dijeron no saber. En rigor de verdad, sólo aprobó la acción de estos grupos un 9,2% en Capital Federal, un 14% en el conurbano bonaerense, un 11,7% en Rosario y un 27% en Córdoba.

Asimismo, otra pregunta realizada durante este relevamiento confirmó la escasa simpatía que tenía la población con respecto a la guerrilla. “Aunque no esté a favor del gobierno, ni a favor de los terroristas”, decía el cuestionario, “¿qué le parece que merece más apoyo: lo que quiere el gobierno o lo que quieren los terroristas?”. La pregunta no tenía grises; exigía pronunciarse a favor de un gobierno largamente desacreditado o del terrorismo. Según el distrito entre un 28% y un 40% de los entrevistados no respondieron o dijeron no saber. Con respecto a las respuestas a favor del gobierno, (lo cual sólo significaba preferirlo antes que a las guerrillas) se pronunció un 50,5% en Capital Federal, un 60% en el conurbano bonaerense, un 54,7% en Rosario y un 39% en Córdoba. Fue en Córdoba donde un mayor porcentaje de entrevistados prefirió a las organizaciones armadas (31%). En los otros distritos, los porcentajes de tal preferencia fueron muy inferiores: un 10% en Capital Federal, un 11,7% en el conurbano bonaerense y un 13,7% en Rosario.

---

<sup>14</sup> Los datos fueron tomados de Carassai, 2013.

En conclusión, el análisis de los datos presentados alcanza para cuestionar la idea de que las guerrillas contaban en sus inicios con altos porcentajes de simpatía en la población y específicamente en las clases medias. Al contrario, ese apoyo fue escaso (alrededor del 11% promedio, exceptuando Córdoba), y los sectores medios no fueron su vanguardia.

## **NATURALIZACIÓN Y BANALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA EN LA VIDA COTIDIANA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA**

Como señala Carassai (2013) el excesivo énfasis en la justificación ideológica de la violencia o su condena moral, la mayoría de las veces ha terminado por eclipsar la vinculación existente entre la violencia política y el fondo cultural agresivo y autoritario en el que aquella encontró tanto un fundamento como un estímulo. Al respecto, el autor sostiene que el análisis del espacio simbólico constituido por los medios de comunicación constituye una vía de acceso al mundo valorativo y al sistema de ideas predominante de los años setenta. Su análisis intenta poner el acento en que más allá de las manifestaciones concretas de violencia y de sus protagonistas personales o grupales, durante los 70's se desarrollaron sobre un fondo de creciente violencia inconscientemente compartido por amplios sectores sociales, "una especie de segunda naturaleza preideológica".

En este sentido, los medios de comunicación de la época manifestaban una notable presencia de las armas, la reivindicación de la agresividad, la audacia, el vivir peligrosamente, la impiedad y la búsqueda del poder, valores que se contrastaban con el titubeo, lo cotidiano, la duda, la indecisión, la piedad, etc.

Con respecto a la presencia de las armas en las publicidades de la época, lo que se buscaba era resaltar la hombría, la seguridad, la ambición o la disposición a tomar soluciones drásticas. En otros casos, connotaban valores como la amistad o el animarse a llevar una vida emocionante o aventurera. Finalmente, tanto en la moda como en algunos consumos destinados a las mujeres, las armas sirvieron como metáforas de sensualidad y seducción.

Asimismo, éstas eran publicitadas como mercancías en los diferentes medios de comunicación, hasta en algunos diarios nacionales y provinciales se incluía información, instrucciones y consejos para la manipulación de armas, no solamente relacionados con la actividad de la caza sino también con su uso para finalidades no deportivas.

Con respecto a lo que las armas representan, no puede pasarse por alto que en sí misma ellas son símbolos de una acción drástica, inapelable, irreversible. A su utilización se vincula la idea de una clausura radical, total e instantánea, que al mismo tiempo es una promesa de un comienzo originario, desheredado de todo pasado. Reñidas con las ideas de paciencia, tolerancia y moderación, las armas son metáforas perfectas de la urgencia, la intolerancia y el extremo. La agresividad, el peligro, la impiedad eran tan sólo las disposiciones temperamentales que debían ostentar quienes compartieran el imaginario implicado en ellas.

Las armas fueron, en los primeros años setenta, símbolos arquetípicos de un conjunto de creencias, valores y deseos compartido por buena parte de los sectores medios: “Borrón”, “cuenta nueva”, “cambiar todo de raíz”, junto al rechazo expresado por soluciones gradualistas, por una estrategia escalonada de transformación social.

Las soluciones debían ser inmediatas, las cosas debían cambiar radicalmente, las transformaciones sólo se concebían eficaces si se asimilaban a *shocks*, y esto era completamente independiente de estar a favor o en contra de las organizaciones guerrilleras o del gobierno militar, o de encontrarse más próximo a la izquierda que a la derecha. La década de 1970 coincidió, más que sus sucesoras, con un culto a la implacabilidad de las acciones, con una necesidad compartida de producir o desear que se produjeran hechos irreversibles.

Como señalamos anteriormente, la percepción de una crisis terminal y la búsqueda de transformaciones drásticas, refundadoras, formaron parte del trasfondo de representaciones y creencias comunes que amasaron la experiencia social de los ‘70s (Vezzetti, 2002). La nación tenía que morir y nacer de nuevo: Onganía buscó “revolucionarla”, el peronismo “reconstruirla” y la dictadura “reorganizarla”. La sílaba “re” en cada caso testimonia la intención de hacer “borrón y cuenta nueva” y la vocación, siempre juzgada como necesaria, de “hacer un cambio de raíz” (Carassai, 2013).

Esta fantasía colectiva acerca de la necesidad de un cambio acelerado de “las estructuras” (Romero, 2011), puede ser observada a través del análisis de una encuesta realizada en 1971. En los cuatro distritos –Capital Federal, Gran Buenos Aires, Rosario y Córdoba-, los miembros de las clases medias se pronunciaron, en grandes proporciones, a favor de “hacer borrón, cuenta nueva y cambiar todo de raíz”. Otra medición, realizada por IPSA-Turner en noviembre del año 1972, volvió a constatar que

importantes sectores de la población se inclinaban por soluciones drásticas, mientras que las opciones gradualistas entusiasaban sólo a minorías<sup>15</sup>.

Los años setenta aborrecieron los grises, las posiciones intermedias, los puntos de vista. El mundo que se avecinaba, cualquiera fuera, no parecía destinado a los indecisos ni a los dubitativos, sino a los que se animaran a concebirlo en blanco y negro, a todo o nada. En este sentido, las armas condensaban a nivel simbólico todo lo que, paradójicamente, se asociaba a lo vital: un triunfo glorioso o un éxito profesional, una conquista amorosa o una victoria política. La violencia del deseo fue también deseo de violencia.

Asimismo, los niveles de violencia pueden ser percibidos en el lenguaje cotidiano utilizado por los argentinos durante este período. Por un lado, se observa en el lenguaje político una radicalización en cuanto a las metáforas utilizadas, y en especial fueron predominantes las metáforas militares. Sin embargo, un caso particular lo constituye el verbo “matar”, el cual se volvió especialmente para los jóvenes, una expresión superlativamente positiva, sinónimo de algo espectacular o grandioso, que denotaba que aquello que “mataba” superaba las expectativas que pudieran tenerse sobre algo o alguien<sup>16</sup>.

La violencia fue naturalizada y banalizada, las prácticas violentas se volvieron cotidianas y comenzaron a darse por sentadas, llegaron a ser parte de lo que todo el mundo consideraba obvio, natural y, hasta cierto punto, indiscutible. Sus expresiones más contundentes provenían de los actores radicalizados envueltos en la lucha política y de las instituciones estatales encargadas de la represión. Pero también integraba un orden simbólico que excedía en mucho a los actores políticos, y es allí donde deben rastrearse las fantasías sociales que sirvieron de soporte al comportamiento de amplios sectores sociales.

## CONCLUSIÓN

El presente trabajo tuvo por objeto realizar una aproximación a la cultura política argentina de los años 70's, siendo la violencia política la característica más relevante del período. Sostenemos, por un lado, que el contexto político nacional durante los años previos propició esta cuestión: la proscripción del peronismo, la

---

<sup>15</sup> Los datos fueron tomados de Carassai, 2013.

<sup>16</sup> En un diccionario publicado por el semanario *Gente* con el vocabulario de la juventud de 1975, la expresión “mató mil” fue definida como “algo sensacional; que llama la atención, que provoca sorpresa. Ejemplo: ‘La flaca se puso los jeans nuevos y mató mil’” (Carassai, 2013).

intervención de las FF.AA. como árbitros que fijaban las reglas del juego político, etc. Finalmente, la “Revolución Argentina” profundizará esta situación de democracia restringida al clausurar definitivamente la actividad política.

Esta situación favoreció el surgimiento progresivo de expresiones de violencia en la sociedad. En primer lugar de carácter reactivo, con las grandes movilizaciones populares que se inauguraron con el *Cordobazo*. Posteriormente, con el surgimiento de las organizaciones armadas de izquierda, la violencia reactiva dejó lugar a una violencia de carácter racionalizado, pues tenía como fin la realización de la revolución.

Asimismo, estas organizaciones construyeron un discurso autolegitimador, apropiándose simbólicamente de estas grandes manifestaciones para justificar una expectativa que la precedía. En efecto, las barricadas de Córdoba fueron consideradas como el inicio de la guerra revolucionaria.

Además de la construcción de este mito, las organizaciones se ampararon en un supuesto consenso social generalizado, sin tener en cuenta los cambios que fue sufriendo paulatinamente el escenario político argentino después del año 1973, con el inicio de un nuevo período democrático. Por otro lado, como señala Carassai (2013), estas organizaciones confundieron la empatía que mostraron amplios sectores de la población frente a la represión que sufrían sus militantes, especialmente durante el *Cordobazo*<sup>17</sup>, con un apoyo real al proyecto de construir una sociedad radicalmente igualitaria.

La percepción de que la violencia constituía una herramienta legítima para intervenir en política, se vio justificada, además, por una serie de valores, creencias y representaciones que surgieron de manera progresiva a lo largo de la historia argentina. En este sentido, nos referimos a la visión generalizada de una crisis terminal y a la necesidad de transformar radicalmente a las estructuras, ambas opuestas a cualquier opción favorable a un cambio gradual. A esta cuestión la relacionamos, a su vez, con la creencia de la inevitabilidad del triunfo del socialismo, justificado por las expectativas generadas por la Revolución Cubana, la victoria del FLN en Argelia, la guerrilla del “Che” Guevara en Bolivia y los avances que se observaban en Vietnam.

La democracia fue un valor desestimado a lo largo de todo el período a partir de la comprobación de la falta de funcionamiento efectivo de las instituciones

---

<sup>17</sup> En este sentido, abundan las anécdotas sobre diferentes expresiones de solidaridad de la población con respecto a los militantes: muchos brindaron auxilio a los heridos, participaron en la construcción de las barricadas e inclusive les brindaron un techo para ocultarse de la policía.

democráticas a lo largo de la historia del país y en particular, durante el período previo al gobierno de Onganía. Las armas se convirtieron en el símbolo de una época que reivindicó la audacia, la agresividad, la búsqueda del poder y la necesidad de transformaciones irreversibles. Habrá que esperar hasta el año 1983, con la elección de Raúl Alfonsín como presidente de la nación, para observar algún cambio sustantivo en la cultura política argentina.

## REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALTAMIRANO, Carlos (2011), *Peronismo y Cultura de Izquierda*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

CARASSAI, Sebastián (2013), *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

CRENZEL, Emilio (2008), *La historia política del Nunca Más*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

FRANCO, Marina (2012), *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

GILMAN, Claudia (2012), *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritos revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

HILB, Claudia y LUTZKY, Daniel (1984), *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

HIRSCHMAN, Albert (1986), *Interés Privado y acción pública*, México: Fondo de Cultura Económica.

O'DONNELL, Guillermo (1982), *El Estado burocrático autoritario*, Buenos Aires: Editorial Belgrano.

OLLIER, María Matilde (1986), *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

ROMERO, Luis Alberto (2011), "1973, la vuelta de Perón" en *La Historia de las elecciones Argentinas*, Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino.

SARLO, Beatriz (2013), "Por la historia" en FERNÁNDEZ MEIJIDE, Graciela, *Eran Humanos no Héroes*, Buenos Aires: Sudamericana.

TCACH, César (2006) "Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay" en QUIROGA, Hugo y

TCHACH, César (2006) *Argentina 1976-2006. Entre la sobra de la dictadura y el futuro de la Democracia*, Rosario: Homo Sapiens.

TERÁN, Oscar (2008), *La historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

VEZZETTI, Hugo (2002) *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

VEZZETTI, Hugo (2009), *Sobre la Violencia Revolucionaria: Memorias y Olvidos*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

WALDMANN, Peter (1982), “Anomia Social y Violencia” en ROUQUIÉ, Alain (comp) *Argentina, hoy*, Buenos Aires: Siglo XXI.

WEISZ, Eduardo (2006), *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, Internacionalismo y Clasismo*, Buenos Aires: Ediciones CCC.

*Recibido em: 11/04/2014*

*Aprovado em: 15/07/2014*